

Residencia de Escritura – Beca Néstor Sánchez, enero de 2017

UNTREF – CCNY

Yamila Bêgné

Insonido

Informe de trabajo

La Beca Néstor Sánchez, otorgada por la UNTREF y CCNY para escribir durante un mes en la ciudad de Nueva York, durante enero de 2017, me permitió avanzar tanto cuantitativamente como cualitativamente en el proyecto que presenté en el mes de noviembre de 2016. Antes de la residencia, el libro de relatos que se esbozaba en el proyecto contaba ya con dos cuentos. Durante el mes de estadía en Nueva York pude escribir tres relatos más, de modo que fue a partir de la Beca que el libro como un todo comenzó realmente a tomar forma. En el siguiente informe, intentaré detallar experiencias, descubrimientos y constataciones que la Beca me permitió realizar con respecto a mi escritura y en al menos tres ámbitos distintos y a la vez conectados: metodológico, de contenido y formal.

Metodología: un poco todos los días

Lo más cercano a un ídolo que tengo es Roger Federer. Mientras estaba este último enero en Nueva York, el suizo jugó y ganó la final del Abierto de Australia. Vi parte del partido, de madrugada, en la hermosa habitación de Brooklyn en la que viví y escribí y que me facilitó la Beca. A la mañana siguiente, vi también una entrevista a Federer. Dijo algo muy claro sobre su modo de trabajo. Algo que, creo, aplica al modo de escribir que, me di

cuenta durante la residencia en Nueva York, tiendo a tener, o a pensar en tener cuando no lo tengo. Hacía seis meses que Federer no jugaba al tenis; había estado lesionado. Entonces, la pregunta obvia del periodista fue si había pensado que podía llegar a ganar el Abierto de Australia. Él dijo que su idea sobre el tema siempre es la siguiente: “Work everyday and hope for the best”. De alguna manera, su metodología se asemeja bastante a la de Isak Dinesen: escribir un poco cada día, sin esperanza y sin desesperación.

En Buenos Aires, escribo todos los días, todas las mañanas, al menos una hora y media. Y, dado el caso de que no pueda, o de que no me salga, igual intento tomarme ese tiempo para pensar en escribir, para estar en contacto con lo que estoy escribiendo o corrigiendo en ese momento o con lo que quiero escribir más adelante. El mes en Nueva York, además de darme el tiempo concreto para escribir, y de darme un lugar nuevo en el que probar mi propia escritura, me acercó una seguridad muy grande. Es la siguiente: en donde sea que esté, puedo trabajar un poco todos los días, y esperar que resulte lo mejor. No se trata de encontrar un lugar ideal, o un momento preciso, o una hora del día, o un tema muy convocante, o una disposición de ánimo especial. Se trata, simplemente, al menos para mí, de estar escribiendo, de seguir escribiendo, de seguir pensando en la escritura, un poco todos los días. Eso, durante los treinta días que pasé en Nueva York, se me hizo muy claro.

Eso y una segunda cosa, igual de importante. En mi modo de trabajo, el tiempo de no escritura también es clave para escribir. Es importante el tiempo muerto, el tiempo blanco, para que las ideas, impresiones, sensaciones, lo que sea, decanten y puedan entonces acercarse a una expresión en lenguaje. Cuando digo “tiempo muerto” o “tiempo blanco” no quiero decir que en este tiempo no haya nada, que esté vacío. En verdad, es todo lo contrario. Hay ideas sobre la escritura, hay procesos un poco invisibles que se van acomodando de a poco. Hay, también, un trabajo que el cerebro tiene que hacer antes de

que esas ideas o sensaciones o proyectos puedan pasar al papel. La metodología que terminé de constatar en Nueva York para mí misma, entonces, requiere un acto doble. Uno de trabajo diario, constatable, medible. Y otro que es mero acto de confianza: darse a uno mismo tiempo blanco y confiar en que algo parecido a un proceso va a terminar ocurriendo. Van juntos, los dos actos. Son parte de lo mismo. Quizás uno es más diurno, más oficial; y el otro más subterráneo. La Beca Néstor Sánchez me dio tiempo y espacio para practicar y constatar las dos cosas.

Qué escribir: la importancia de un proyecto

Otro elemento importante que terminé de saber de mi propia escritura durante la residencia en Nueva York es el siguiente: siempre me es útil escribir en el marco de un proyecto autodado. Los límites, pienso, son muy productivos a la hora de escribir. Armar un proyecto, diagramarlo, pensarlo, definirlo, es justamente una forma de ponerse límites a sí mismo. En el caso del mes que pasé en Nueva York, pude escribir tres nuevos cuentos para el libro que había presentado como proyecto. Además, mientras que, al momento de presentar el proyecto, todavía en Buenos Aires, el título del libro no terminaba de definirse, en Nueva York se definió de modo orgánico. Haber llegado a Nueva York con un proyecto claro de lo que iba a escribir, pero a la vez con la libertad como para poder elegir en qué cuentos quería trabajar una vez allá, fue clave tanto para poder avanzar en la escritura concreta como para haber podido, a la vez, tener ese núcleo de interés, o de concentración, en el que pensar durante los tiempos blancos: caminatas, sobre todo, muchas caminatas por Brooklyn y por Manhattan.

Entonces, después del mes en Nueva York, el libro tiene título. *Insonido*. Y cuenta ya con cinco cuentos completos. Escribí tres durante el período de la Beca, los tres en

ocasión de canciones en inglés. La primera semana y media, trabajé a partir de “Stuck on the puzzle”, de Alex Turner (<https://www.youtube.com/watch?v=DvAEznTIViA>). El cuento resultante fue “Submarino”. A partir de “Roadkill”, de Pulp (<https://www.youtube.com/watch?v=gCfAkTr1Chk>), escribí un cuento que mantiene ese título. Y, finalmente, escribí “Todos los planetas están muertos”, en ocasión de “Every planet we reach is dead”, de Gorillaz (<https://www.youtube.com/watch?v=6LDEm8mC-Nw>). A nivel contenido, me sorprendió la diversidad de personajes y atmósferas que surgió en este arco de relatos. Sobre todo porque, en general, creo, mi escritura no tiende a la variedad radical, sino más bien a la diferencia a partir de la repetición intensiva. En ese sentido, también, la estancia en Nueva York acercó una novedad: los tres cuentos exploran personajes y temáticas muy distintas entre sí, y ámbitos que no hubiera imaginado que podrían convertirse en ideas para relatos míos.

Por otra parte, además de escribir esos tres cuentos, también trabajé en ideas sobre otros dos para el mismo libro, que estoy trabajando ahora, durante febrero, ya de vuelta en Buenos Aires. Uno lo estoy escribiendo en inglés. Y esta es otra hermosa novedad que me aportó la Beca: la conexión directa con otra lengua. Creo que me enriqueció muchísimo de un modo paradójico: me sacó sobrantes, excesos castellanos. La posibilidad de hablar, escuchar y pensar en otro idioma durante un mes me limpió el cerebro. Una especie de *tabula rasa* bienintencionada. Entonces, el cuento que estoy escribiendo en inglés, surge directamente de la experiencia que la Beca me permitió tener en Nueva York. El segundo cuento en el que trabajo actualmente surgió de escuchar una canción intensivamente a lo largo de todo ese enero, tal como planteaba la metodología del proyecto que presenté. La canción, sin embargo, no estaba prevista en el proyecto, sino que surgió en las caminatas por la ciudad. Es “Dog days are over”, de Florence & The Machine

(<https://www.youtube.com/watch?v=sszAVSx4Wwo>) y el cuento que estoy escribiendo suma también a la diversidad temática que mencionaba más arriba.

Cómo escribir: la práctica hace a la forma

Si el contenido de lo que escribí durante el mes de Beca en Nueva York apuntó a la ampliación, lo mismo, aunque de un modo distinto, ocurrió con la forma. En principio, encontré lo siguiente: que la metodología de trabajo, el hábito, está intrínsecamente ligado a la forma que va adquiriendo o buscando el lenguaje en la escritura. En el ámbito de la forma, siempre hablando de mi propia escritura, y no en general, intento evitar todo cambio inorgánico, todo cambio en el que se note demasiado la intención de cambio. No es que piense que esta es una opción estéticamente desechable; es simplemente que, si voy por ese camino, me cuesta mucho tomarme en serio lo que estoy haciendo. Entonces, el cambio en las formas de mi escritura es siempre lento. Ese cambio, en el que vengo trabajando, se puede resumir básicamente así: en la forma, voy de más control a menos control. O voy de un control acérrimo a otro de corte nuevo: a un control que también acepte la amplitud como modo de avanzar. Al menos intento, un poco todos los días.

En Nueva York, nuevamente, constaté que hay una clave para este tipo de procesos de cambio, formales y lentos. Es simple y está ligado a la metodología: el trabajo de todos los días es el que, de a poco, va transformando la forma, y desde adentro de sí misma, orgánicamente. Eso me interesa muchísimo. Me lleva incluso a pensar que casi lo único por lo que uno debería preocuparse es por tener una o dos o tres horas de escritura todos los días. El resto, lo que parecen siempre problemas más filosóficos o más intrincados o más graves, se irá resolviendo solo durante esas horas de trabajo. Haber tenido, durante ese mes en Nueva York, mucho tiempo disponible para escribir me permitió terminar de confirmar

esto mismo: los problemas de la escritura se resuelven escribiendo o en tiempos blancos. Parece una obviedad del materialismo, y quizás sea algo obvio. Pero, a la vez, aporta alivio. Y seguridad. Nuevamente, por eso mismo, la importancia de haber contado, gracias a la Beca, de un mes entero para trabajar en mi escritura sin otras preocupaciones.

Volviendo a lo concreto de las formas. Entonces, también en ese sentido el mes de Beca me permitió que procesos que se venían dando en mi escritura terminaran de cuajar, casi como si algo de mi escritura hubiera estado esperando que llegara enero de 2017 para que eso ocurriera, saliera. En los tres cuentos que escribí en Nueva York, la forma va mucho más francamente hacia el lado del menos control, alejándose del polo de más control después de haberlo recorrido mucho e intensivamente. Quizás podría resumirlo de una forma un poco tonta: creo que le estoy perdiendo el miedo a los verbos a la hora de narrar. Estoy de a poco amigándome con la idea de que las acciones ocurren en las narraciones. Eso por un lado.

Por el otro, me encontré allí también escribiendo frases que no hubiera escrito seis meses antes, o incluso tres meses antes. Frases más sueltas, y no por eso desconectadas con un modo general de la narración que, en mi caso, tiende a jugar con la cerrazón y el control y lo interior. Quizás haya sido, nuevamente, fruto del contacto con el inglés y su modo franco y a la vez cerrado de decir las cosas: su modo de insinuar. Pensé lo siguiente estando allá: que solo alguien que escribe en inglés, como Hemingway, podría haber ideado la Teoría del Iceberg. Porque el inglés tiene esa forma de decir sugiriendo, de decir muy poco para decir mucho. Entonces, quizás pueda explicar por la lengua lo que ocurrió allá con la forma de mis cuentos. O, quizás, es simplemente que algo, por la experiencia misma de estar escribiendo sola en una ciudad desconocida, terminó de decantar. Sea como sea, tanto los cuentos que escribí allá como los que estoy escribiendo ahora, de vuelta en Buenos

Aires, han encontrado una novedad en la forma. Y ese es un hecho muy feliz que es incluso más feliz por la estancia de escritura en Nueva York. Solo me queda esperar que todo el trabajo que tengo por delante para *Insonido* siga embebido de todo lo que descubrí durante enero de 2017. Work everyday. Hope for the best. Amén.